

LOS QUE SUEÑAN EL SUEÑO DORADO

Esta es una historia de amor y de muerte en la tierra dorada, y empieza hablando del paisaje mismo. El Valle de San Bernardino queda solo a una hora al este de Los Ángeles, saliendo por la autopista de San Bernardino, pero en cierta manera es un lugar foráneo: no es la California costera con sus crepúsculos subtropicales y sus brisas suaves procedentes del Pacífico, sino una California más áspera, hechizada por el Mojave, que se extiende justo al otro lado de las montañas, y devastada por el viento tórrido y seco de Santa Ana, que se cuela por los pasos de las montañas a más de ciento cincuenta kilómetros por hora y aúlla en las barreras de eucaliptos y te crispa los nervios. Octubre es el peor mes para el viento, el mes en que cuesta respirar y las colinas se incendian de forma espontánea. Lleva sin llover desde abril. Cuando uno habla, parece que grite. Es la época del año en que el viento trae los suicidios y los divorcios y una sensación de espanto.

Los mormones se establecieron en este paisaje ominoso y luego lo abandonaron, pero no sin antes plantar el primer naranjo, y durante los cien años siguientes el Valle de San Bernardino atrajo a un tipo de gente que imaginaba que podría vivir entre esa fruta talismánica y prosperar en medio de aquel aire seco, una gente que trajo consigo formas de construir y cocinar y rezar propias del interior y que intentaron aplicar esas costumbres a la tierra. Y el injerto prosperó de forma curiosa. Hablamos de esa California donde es posible vivir y morir sin haber comido nunca una alcachofa y sin haber conocido nunca a un católico ni a un judío. De esa California donde no cuesta nada llamar a números de asistencia espiritual como Dial-A-Devotion y en cambio cuesta horrores comprar un libro. La misma tierra donde la

fe en la interpretación literal del Génesis ha dado paso de manera imperceptible a la fe en la interpretación literal de *Perdición* de Billy Wilder, la tierra del pelo cardado y los Ford Capri y las chicas para quienes la vida entera no promete nada más que un vestido de boda blanco hasta media pantorrilla y parir a una Kimberly o una Sherry o una Debbi y luego divorciarse en Tijuana y volver a la academia de peluquería. «Éramos unos chavales inconscientes», dicen sin remordimiento alguno, y pasan a mirar al futuro. En la tierra dorada el futuro siempre es atractivo, porque nadie recuerda el pasado. Hablamos del lugar donde sopla un viento tórrido y las viejas costumbres parecen irrelevantes, donde la tasa de divorcios dobla la media nacional y donde una persona de cada treinta y ocho vive en una caravana. Hablamos de la última parada para todo el mundo que viene de otra parte, para todo el mundo que ha llegado aquí huyendo del frío y del pasado y de las costumbres de antaño. Se trata del lugar donde esa gente intenta encontrar un nuevo estilo de vida, e intenta encontrarlo en los únicos sitios donde sabe buscar: en las películas y en los periódicos. El caso de Lucille Marie Maxwell Miller es un monumento sensacionalista a ese nuevo estilo de vida.

Antes que nada quiero que imaginen Banyan Street, porque es ahí donde sucedió todo. Para ir a Banyan Street hay que conducir en dirección oeste desde San Bernardino por el Foothill Boulevard de la Ruta 66, dejando atrás las playas de maniobras de Santa Fe y el motel Forty Links. Ese motel que consiste en diecinueve tipis de yeso: «NO SEA ROSTRO PÁLIDO, DUERMA EN UNA CHOZA INDIA». Hay que dejar atrás la pista de carreras Fontana Drag City, la iglesia del Nazareno de Fontana y las pistas del Pit Stop A Go-Go; dejar atrás la fundición de acero Kaiser Steel, cruzar Cucamonga y salir por el bar restaurante y cafetería Kapu Kai, situado en la esquina de la Ruta 66 con Carnelian Avenue. En Carnelian Avenue, según se sale del Kapu Kai, que quiere decir «mares prohibidos», el fuerte viento hace restallar las banderolas de las parcelas. «¡RANCHOS DE MEDIO ACRE! ¡COCINAS AMERICANAS! ¡ENTRADAS DE MÁRMOL TRAVERTINO! ¡95 DÓLARES DE ENTRADA!» Se trata de la senda de un propósito desbaratado, los desechos de la Nueva California. Al cabo de un rato, sin embargo, los letreros de Carnelian Avenue empiezan a desaparecer y las

casas dejan de ser de esos colores pastel brillante típicos de los propietarios de Springtime Homes para convertirse en los bungalows descoloridos de esa gente que tiene un puñado de vides y un puñado de pollos en el jardín; a continuación la colina se vuelve más empinada y la carretera más abrupta y hasta los bungalows empiezan a escasear, y es ahí —en ese lugar desolado lleno de superficies ásperas y flanqueado de arboledas de eucaliptos y limoneros— donde está Banyan Street.

Igual que gran parte de este paisaje, Banyan Street produce cierta impresión peculiar y antinatural. Las huertas de limoneros están ocultas detrás de un terraplén de unos tres o cuatro pies de alto que hace de muro de contención, de manera que lo único que asoma es su denso follaje, demasiado exuberante e inquietantemente lustroso, de ese color verde de las pesadillas; la corteza caída de los eucaliptos forma una masa polvorienta, un criadero perfecto para las serpientes. Las piedras no parecen piedras, sino más bien los escombros de algún desastre innombrable. Hay estufas agrícolas de petróleo y una cisterna cerrada. A un lado de Banyan está el valle llano, y al otro las montañas de San Bernardino, una masa oscura que se eleva demasiado y demasiado deprisa, llegando a los dos mil, dos mil quinientos o incluso tres mil metros aquí mismo, por encima de los limoneros. A medianoche no hay ni una sola luz en Banyan Street, y tampoco se oye nada salvo el viento en los eucaliptos y los ladridos lejanos de los perros. Puede que haya una perrera cerca, o tal vez los perros sean coyotes.

Banyan Street fue la ruta que Lucille Miller tomó para ir desde el supermercado abierto las veinticuatro horas Mayfair Market hasta su casa la noche del 7 de octubre de 1964, una noche en la que no había luna y soplabla el viento y a ella se le había acabado la leche, y fue en Banyan Street donde, sobre las doce y media de la noche, su Volkswagen de 1964 se detuvo de golpe, se incendió y se puso a arder. Una hora y media se pasó Lucille Miller corriendo por todo Banyan en busca de ayuda, pero no pasó ni un solo coche y tampoco salió nadie a ayudarla. A las tres de la madrugada, después de apagar el fuego y de que los agentes de la policía de carreteras de California terminaran su informe, Lucille Miller seguía sollozando y farfullando, porque en el Volkswagen estaba durmiendo su marido.

—¿Qué les voy a decir a los niños cuando no haya nada, cuando no quede nada en el ataúd? —le dijo entre sollozos a la amiga a la que habían llamado para consolarla—. ¿Cómo les puedo explicar que no queda nada?

De hecho sí que quedaba algo, y una semana más tarde aquel algo yacía en la capilla de la Draper Mortuary dentro de un ataúd de bronce cerrado y cubierto de claveles de color rosa. Unos doscientos asistentes oyeron al reverendo Robert E. Denton de la Iglesia Adventista del Séptimo Día de Ontario hablar del «brote de furia que ha estallado entre nosotros». Para Gordon Miller, dijo, «ya no habrá más muerte ni más disgustos ni más malentendidos». El reverendo Ansel Bristol mencionó lo «peculiar» del dolor que estaban sufriendo. El reverendo Fred Jensen preguntó «de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si a cambio pierde su alma». Lloviznaba, lo cual era una bendición en plena temporada de sequía, y una vocalista femenina cantó «Safe in the Arms of Jesus». El servicio tuvo que ser grabado en una cinta para la viuda, que estaba presa sin fianza en la cárcel del condado de San Bernardino, acusada de asesinato en primer grado.

Por supuesto, Lucille no era de allí, había venido de las praderas en busca de algo que debía de haber visto en alguna película u oído por la radio, puesto que esta es una historia del sur de California. Había nacido el 17 de enero de 1930 en Winnipeg, Manitoba, hija única de Gordon y Lily Maxwell, los dos maestros de escuela y los dos devotos de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, cuyos miembros observan el sabbath los sábados, creen en una Segunda Venida apocalíptica de Cristo, tienen una fuerte tendencia misionera y, si son estrictos, ni fuman ni beben ni comen carne, y tampoco usan maquillaje ni llevan joyas, ni siquiera anillos de boda. Cuando Lucille Maxwell se inscribió en el Walla Walla College de College Place, Washington, la escuela universitaria adventista donde sus padres daban clase por entonces, ella tenía dieciocho años, era guapa de forma insulsa y tenía un carácter muy animado. «Lucille quería ver mundo —diría su padre más adelante—, y supongo que lo vio.»

Parece ser que la animación no le sirvió para durar mucho tiempo como alumna del Walla Walla College, así que en la primavera de 1949 Lucille Maxwell conoció y se casó con Gordon «Cork» Miller, de veinticuatro años, licenciado por el Walla Walla y también por la facultad de odontología de la Universidad de Oregón, y por entonces destinado en Fort Lewis en calidad de oficial médico. «Tal vez podría decirse que fue amor a primera vista –recuerda el señor Maxwell–. Antes de que fueran presentados formalmente, él le mandó a Lucille una docena y media de rosas con una tarjeta que decía que, aunque ella no quisiera salir con él, esperaba que al menos le gustaran las rosas.» Los Maxwell recuerdan a su hija como una novia «radiante».

Los matrimonios infelices se parecen todos tanto entre sí que no hace falta saber gran cosa del que nos ocupa. Puede que hubiera problemas o puede que no los hubiera en la isla de Guam, que es adonde fueron a vivir Cork y Lucille Miller cuando él se licenció del ejército. Puede que hubiera problemas o puede que no los hubiera en el pueblecito de Oregón donde él montó su primera consulta privada. Parece ser que su mudanza a California trajo consigo cierta decepción: Cork Miller les había dicho a sus amigos que quería hacerse médico, que era infeliz como dentista y que planeaba entrar en la Escuela de Evangelistas Médicos que los Adventistas del Séptimo Día tenían en Loma Linda, a unos pocos kilómetros al sur de San Bernardino. En cambio, terminó comprándose una consulta dental en la punta oeste del condado de San Bernardino, y cerca de allí se instaló la familia, en una modesta casa situada en una de esas calles donde siempre hay triciclos, crédito abierto y gente que sueña con casas más grandes y con calles mejores. Esto fue en 1957. Para el verano de 1964 ya habían conseguido la casa más grande en una calle mejor y también todo el clásico equipamiento de una familia en auge: los treinta mil dólares al año, los tres hijos para la postal navideña, la vidriera, el salón familiar y las fotografías en el periódico que mostraban a «la señora de Gordon Miller, presidenta de la Fundación para el Corazón de Ontario». Estaban pagando el clásico precio por ello. Y habían llegado a la clásica fase del divorcio.

Puede que fuera un verano agobiante como cualquier otro, puede que el calor y los nervios y las migrañas y los problemas de

dinero no fueran nada extraordinario; sin embargo, aquel verano empezó particularmente pronto y resultó particularmente inclemente. El 24 de abril se murió una vieja amiga de la familia, Elaine Hayton, con quien Lucille Miller había estado la misma noche anterior. Durante el mes de mayo, Cork Miller fue hospitalizado brevemente por una úlcera sangrante, y su carácter de natural reservado derivó en una depresión. Llegó a decirle a su contable que estaba «harto de mirar bocas abiertas» y habló de suicidarse. Para el 8 de julio, las tensiones convencionales del amor y el dinero habían llegado a su impasse convencional en la parcela de media hectárea del 8488 de Bella Vista, y Lucille Miller pidió el divorcio. Al cabo de un mes, sin embargo, los Miller parecían reconciliados. Fueron a ver a un psicólogo de parejas. Hablaron de tener un cuarto hijo. Parecía que el matrimonio había alcanzado la tregua tradicional, ese punto en que muchos se resignan a minimizar los daños y rebajar sus expectativas.

Pero la racha de problemas de los Miller no iba a terminarse tan fácilmente. El 7 de octubre empezó como un día de lo más ordinario, uno de esos días que le hacen a uno rechinar los dientes con su tedio y sus pequeñas frustraciones. Aquella tarde la temperatura alcanzó los 39 grados en San Bernardino, y los hijos de la familia Miller no tenían escuela porque sus maestros estaban haciendo cursos de formación. Había que llevar ropa a planchar a la lavandería. Había que ir a la farmacia a recoger una receta de Nembutal y también a la tintorería de autoservicio. A media tarde se produjo un accidente desagradable con el Volkswagen: Cork Miller atropelló mortalmente a un pastor alemán y después dijo que se sentía «como si tuviera un camión Mack encima». Era una expresión que usaba a menudo. Esa tarde Cork Miller debía 63.479 dólares, incluyendo los 29.637 de la hipoteca de la nueva casa, un volumen de deudas que le resultaba opresivo. Era un hombre a quien le incomodaban las responsabilidades, y se quejaba de migrañas casi todo el tiempo.

Aquella noche cenó solo, con una bandeja y delante de la tele de la sala de estar. Más tarde los Miller vieron a John Forsythe y a Senta Berger en *See How They Run*, y cuando la película se terminó, sobre las once, Cork Miller sugirió que salieran a comprar leche. Quería chocolate caliente. Cogió una manta y una almo-

hada del sofá y se subió al asiento del pasajero del Volkswagen. Lucille Miller recuerda haber estirado el brazo para cerrarle el seguro de la puerta mientras daba marcha atrás por la entrada para coches. Para cuando salió del Mayfair Market, y mucho antes de que llegaran a Banyan Street, Cork Miller ya parecía haberse dormido.

Hay cierta confusión en la mente de Lucille Miller acerca de lo que pasó entre las doce y media de la noche, que es cuando empezó el fuego, y las dos menos diez, que es cuando se informó a las autoridades. Ella dice que iba conduciendo en dirección este por Banyan Street a unos cincuenta kilómetros por hora cuando notó que el Volkswagen se desviaba bruscamente a la derecha. Lo siguiente que supo fue que el coche estaba casi en lo alto del terraplén de contención, y que por detrás de ella se elevaban las llamas. No recuerda haber saltado del coche. Sí que recuerda haber cogido del suelo una piedra con la que rompió la ventanilla lateral de su marido y luego haberse alejado por el terraplén en busca de un palo. «No sabía cómo sacarlo de allí —cuenta—. Lo que pensé es que si tenía un palo, quizá podría sacarlo con él.» Pero no pudo, y al cabo de un rato corrió hasta el cruce de Banyan con Carnelian Avenue. Se trata de una esquina donde no hay casas, ni tampoco prácticamente tráfico. Después de que pasara un coche sin pararse, Lucille Miller echó a correr por Banyan en dirección al Volkswagen en llamas. No se detuvo, pero sí que aminoró la marcha, y pudo ver a su marido en medio de las llamas. Estaba, en palabras de ella, «todo negro».

En la primera casa de Sapphire Avenue, a menos de un kilómetro del Volkswagen, Lucille Miller encontró ayuda por fin. Allí la señora de Robert Swenson llamó al sheriff, y a continuación, a petición de Lucille Miller, llamó a Harold Lance, abogado y amigo íntimo de los Miller. Nada más llegar, Harold Lance se llevó a Lucille Miller a su casa, donde estaba su mujer, Joan. Harold Lance y Lucille Miller regresaron dos veces a Banyan Street para hablar con los agentes de la policía de carreteras. La tercera vez Harold Lance regresó solo, y cuando volvió a casa le dijo a Lucille Miller: «Vale... tú no hables más».

Cuando a la tarde siguiente detuvieron a Lucille Miller, con ella estaba Sandy Slagle. Sandy era la vehemente e incansablemen-

te leal estudiante de medicina que hacía de niñera para los Miller, y que llevaba viviendo con la familia como un miembro más desde que se había graduado en el instituto en 1959. Los Miller la habían rescatado de una situación doméstica difícil y ella consideraba a Lucille Miller no solo como «algo parecido a una madre o una hermana», sino como «la persona más maravillosa» que había conocido. La noche del accidente, Sandy Slagle estaba en su habitación de la residencia de estudiantes de la Universidad de Loma Linda, pero Lucille Miller la llamó a primera hora de la mañana y le pidió que fuera a casa. Cuando Sandy Slagle llegó, el médico le estaba poniendo a Lucille Miller una inyección de Nembutal. «Seguía llorando mientras perdía el conocimiento —recuerda Sandy Slagle—. Y no paraba de repetir: “Sandy, con todas las horas que me he pasado intentando salvarlo, ¿y ahora qué me van a hacer a mí?”»

A la una y media de aquella tarde llegaron al 8488 de Bella Vista el sargento William Paterson y los detectives Charles Callahan y Joseph Karr de la División Central de Homicidios. «Uno de ellos apareció en la puerta del dormitorio —recuerda Sandy Slagle— y le dijo a Lucille: “Tiene usted diez minutos para vestirse o nos la llevamos tal como está”. Ella estaba en camisón, ya sabe, así que intenté vestirla.»

A estas alturas Sandy Slagle ya cuenta la historia como si la recitara de memoria, con mirada impertérrita: «Así que le puse las medias y el sujetador y ellos volvieron a abrir la puerta, y luego le puse unos pantalones pirata, ya sabe, y un pañuelo. —Baja la voz—. Y entonces se la llevaron».

La detención tuvo lugar menos de doce horas después del primer aviso de que se había producido un accidente en Banyan Street, una rapidez que más tarde inspiraría al abogado de Lucille Miller a afirmar que todo el caso no era más que un intento típico de justificar una detención precipitada. En realidad el motivo de que los detectives que habían llegado aquella madrugada a Banyan Street prestaran al accidente una atención más allá de lo simplemente rutinario fueron ciertas incoherencias físicas aparentes. Mientras que Lucille Miller había contado que había ido conduciendo a cincuenta kilómetros por hora cuando el coche viró hasta detenerse, un examen del Volkswagen todavía caliente

mostró que estaba en primera y que no tenía encendidas las luces de posición sino las de aparcamiento. Además, las ruedas delanteras no estaban exactamente en la posición que sugería la descripción que Lucille Miller había hecho del accidente, y la rueda trasera derecha estaba hundida en el suelo, como si hubiera estado girando sin moverse. A los detectives también les resultó curioso que una parada brusca después de haber estado yendo a cincuenta kilómetros por hora —el mismo frenazo en seco que supuestamente había tirado una lata de gasolina que había en el asiento trasero y había provocado el incendio— hubiera dejado dos cartones de leche de pie en el suelo de atrás, así como los restos de la caja de una cámara Polaroid también aparentemente intactos en el asiento trasero.

Sin embargo, a nadie se le podía pedir que ofreciera una crónica precisa de algo que había sucedido en un momento de pánico, y ninguna de aquellas incoherencias parecía en sí misma prueba indiscutible de que había existido intención criminal. Pero sí que interesaron a la oficina del sheriff, igual que la inconsciencia aparente de Gordon Miller en el momento del accidente y el enorme lapso de tiempo que Lucille Miller había tardado en obtener ayuda. Además, los investigadores vieron algo raro en la actitud de Harold Lance cuando este regresó por tercera vez a Banyan Street y advirtió que la investigación estaba lejos de concluir. «A juzgar por cómo estaba actuando Lance —dijo más tarde el fiscal del caso—, les pareció que tal vez habían dado con algo.»

Y así fue como la mañana del 8 de octubre, antes incluso de que el médico le pusiera a Lucille Miller una inyección para tranquilizarla, la oficina del sheriff del condado de San Bernardino ya estaba intentando armar otra versión de lo que podía haber pasado entre las doce y media y las dos menos diez. La hipótesis que acabarían presentando se basaba en la algo enrevesada premisa de que Lucille Miller había emprendido un plan fallido: un plan para detener el coche en aquella calle solitaria, rociar a su presumiblemente drogado marido con gasolina y, después de poner un palo sobre el acelerador, «darle un empujoncito» al Volkswagen por el terraplén de contención, desde cuya cima caería un par de metros y casi seguro explotaría contra los limoneros. Si aquello le

hubiese salido bien, Lucille Miller podría haber recorrido los tres kilómetros que había entre Carnelian y Buena Vista a tiempo para estar en casa cuando se descubriera el accidente. El plan se había torcido, de acuerdo con la hipótesis de la oficina del sheriff, porque el coche no había querido subir por el terraplén. Es posible que entonces a Lucille Miller le hubiera entrado el pánico —después de apagar el motor por tercera o cuarta vez, digamos, en aquella carretera a oscuras, con el coche ya rociado de gasolina y los perros ladrando y el viento soplando y el miedo inefable a que de repente apareciera un par de faros por Banyan Street y la iluminaran— y hubiera provocado el incendio ella misma.

Aunque esta versión explicaba algunas de las evidencias físicas —que el coche estuviera en primera, por ejemplo, porque ella lo había arrancado desde punto muerto; o que las luces de aparcamiento estuvieran encendidas porque ella no podía haber hecho lo que había hecho sin algo de luz; o que una rueda trasera se hubiera quemado por culpa de los repetidos intentos de hacer subir el coche por el terraplén; o que los cartones de leche siguieran de pie porque no se había producido ninguna parada repentina—, por sí misma no parecía ni más ni menos creíble que la versión de Lucille Miller. Además, algunas de las pruebas físicas parecían apoyar su historia: un clavo en uno de los neumáticos delanteros, una piedra de casi cinco kilos encontrada dentro del coche, supuestamente la misma con que ella había roto la ventana en un intento de salvar a su marido. Al cabo de unos días la autopsia estableció que Gordon Miller estaba vivo al quemarse, lo cual no reforzaba precisamente los argumentos de la fiscalía, y también que tenía en la sangre cantidades de Nembutal y de Sandoptal suficientes como para dormir a una persona normal, lo cual sí beneficiaba a la acusación. Por otro lado, Gordon Miller tomaba de modo habitual tanto Nembutal como Fiorinal (un medicamento que se toma a menudo para el dolor de cabeza y que contiene Sandoptal), y además había estado enfermo.

Era un caso complicado, y para hacer que sus argumentos funcionaran, la fiscalía iba a tener que encontrar un móvil. Se habló de infelicidad conyugal y se dijo que había otro hombre de por medio. Aquella clase de móviles fue lo que las autoridades intentaron establecer en las semanas siguientes. Y se pusieron a

buscarlos en los libros de contabilidad y en las cláusulas de prima doble por muerte accidental y en los registros de moteles, decididos a averiguar qué podía llevar a una mujer que creía en todas las promesas de la clase media —una mujer que había sido presidenta de la Fundación del Corazón y que siempre te podía recomendar a una buena modista y que había escapado de las sórdidas prácticas del fundamentalismo rural en busca de lo que ella imaginaba que era una buena vida—, qué podía empujar a una mujer así a sentarse en una calle llamada Bella Vista y mirar al otro lado de su vidriera nueva bajo el sol vacío de California y planear cómo podía quemar vivo a su marido a bordo de un Volkswagen. Y encontraron la palanca que necesitaban más cerca de lo que al principio habían esperado, porque, tal como un testigo revelaría más adelante en el juicio, parece ser que en diciembre de 1963 Lucille Miller había iniciado una aventura con el marido de una de sus amigas, un hombre cuya hija la llamaba «tía Lucille», un hombre que podía haberle producido la impresión de tener aquel don para la gente y el dinero y la buena vida que estaba tan claro que a Cork Miller le faltaba. El hombre en cuestión era Arthwell Hayton, un abogado bastante conocido en San Bernardino y ex empleado de la oficina del fiscal del distrito.

En cierta manera se trataba de una aventura clandestina bastante convencional en un lugar como San Bernardino, donde prácticamente no hay nada luminoso ni elegante, y donde perder el futuro y ponerse a buscarlo en la cama se convierte en una rutina. Durante las siete semanas que duró el juicio a Lucille Miller por asesinato, el ayudante del fiscal de distrito Don A. Turner y el abogado de la defensa Edward P. Foley sacarían a la luz entre ambos una historia curiosamente predecible. Estaban, por ejemplo, los registros falsos en moteles. Estaban las citas para almorzar y los paseos por las tardes en el Cadillac rojo descapotable de Arthwell Hayton. Estaban las interminables discusiones del malogrado matrimonio. Estaban las confidentes («Yo lo sabía todo —insistiría una y otra vez Sandy Slagle más adelante—, yo sabía todas las fechas, los lugares, todo») y estaban las frases sacadas de relatos malos de las revistas («No me beses o se desencadenará la tormenta», recorda-

ba Lucille Miller que le había dicho un día a Arthwell Hayton después de almorzar, en el aparcamiento del Harold's Club de Fontana) y también las notas y las conversaciones cariñosas: «¡Hola, cielito! ¡Tú sí que me gustas! ¡Feliz cumpleaños, no aparentas ni veintinueve! Tu amorcito, Arthwell».

Y hacia el final apareció la acritud. Era el 24 de abril de 1964 cuando la esposa de Arthwell Hayton, Elaine, murió de repente, y después de aquello ya no pasó nada bueno. Arthwell Hayton había ido a pasar el fin de semana a la isla Catalina a bordo de su barca, la *Captain's Lady*; a las nueve en punto del viernes por la noche llamó a su casa, pero no habló con su mujer porque Lucille Miller descolgó el teléfono y le dijo que Elaine se estaba duchando. A la mañana siguiente la hija de los Hayton encontró a su madre muerta en la cama. Los periódicos informaron de que se había tratado de una muerte accidental, tal vez como resultado de una alergia a la laca para el pelo. Cuando Arthwell Hayton voló de vuelta a casa aquel fin de semana, Lucille Miller fue a buscarlo al aeropuerto, pero el final ya estaba escrito.

Y fue en su ruptura donde la aventura dejó de resultar convencional y empezó a parecerse a las novelas de James M. Cain, a las películas de finales de los años treinta y a todos esos sueños en los que la violencia y las amenazas y el chantaje acaban pareciendo lugares comunes en la vida de la clase media. Lo más sorprendente del caso que enfrentaba al estado de California con Lucille Miller era algo que no tenía nada que ver en absoluto con la ley ni con las cosas que solían aparecer en los titulares vespertinos a ocho columnas: era la revelación de que el sueño estaba enseñando a sus soñadores cómo vivir. Esto es lo que le dijo Lucille Miller a su amante a principios del verano de 1964, después de que él le indicara que, por consejo de su pastor, tenía intención de dejar de verla: «En primer lugar voy a ir a ver a ese querido pastor tuyo y le voy a contar cuatro cosas... Y cuando se la cuenta, te aseguro que ya no estarás en la Iglesia de Redlands... Mira, chavalote, si crees que tu reputación va a quedar por los suelos, yo te digo que tu vida no va a valer ni un centavo». Y esto es lo que le contestó Arthwell Hayton a Lucille Miller: «Pues yo voy a ir a ver al sheriff Frank Bland y le voy a contar ciertas cosas que sé de ti y que van a hacer que desees no haber conocido

nunca a Arthwell Hayton». Lo cual resulta un tanto curioso tratándose de un idilio entre la mujer de un dentista adventista del séptimo día y un abogado adventista del séptimo día especializado en lesiones.

«Chaval, lo tengo agarrado de las pelotas», le confió más adelante Lucille Miller a Erwin Sprengle, un contratista de Riverside que era socio de Arthwell Hayton y amigo de los dos amantes. (Amigo o no, en aquella ocasión resultó que tenía una bobina de inducción conectada a su teléfono para grabar la llamada de Lucille Miller.) «Y él no tiene nada sobre mí que pueda demostrar. O sea, yo tengo cosas concretas, él no tiene nada concreto.» En la misma conversación grabada con Erwin Sprengle, Lucille Miller mencionaba una cinta que ella misma había grabado subrepticamente, meses atrás, en el coche de Arthwell Hayton:

«Y fui y le dije: “Arthur, tengo la sensación de que me estás utilizando...”. Él se puso a chuparse el pulgar y me dijo: “Te quiero... Esto no es algo que venga de ayer. Si pudiera, me casaría contigo mañana. No quiero a Elaine”. A él le encantaría que le pusiera esa grabación ahora, ¿verdad que sí?

»—Sí —decía la voz arrastrada de Sprengle en la grabación—. Eso lo incriminaría un poco, ¿verdad?

»—Lo incriminaría *un poquitín* —admitía Lucille Miller—. Ya lo creo».

En la misma cinta, Sprengle preguntaba dónde estaba Cork Miller.

«—Se ha llevado a los niños a la iglesia.

»—¿Y tú no has ido?

»—No.

»—Mira que eres mala.»

Y además, todo se hacía en nombre del «amor»; todo el mundo involucrado ponía una fe mágica en la eficiencia de aquella palabra. Estaba, por ejemplo, la importancia que Lucille Miller le daba a que Arthwell dijera que la «quería» a ella pero que no «quería» a Elaine. Estaba el hecho de que Arthwell insistiera más adelante en el juicio en que él nunca había dicho aquella palabra, que tal vez le hubiera «susurrado bobadas al oído» (a lo que la defensa repuso que «se las había susurrado a los oídos de muchas»), pero ciertamente no recordaba haberle otorgado a ella ese

distintivo especial que era decir la palabra, declararle su «amor». Estaba la tarde de verano en que Lucille Miller y Sandy Slagle habían seguido a Arthwell Hayton hasta la nueva barca que tenía amarrada en Newport Beach y habían soltado las amarras mientras Arthwell estaba a bordo, acompañado de una chica con la que él más tarde testificó que estaba bebiendo chocolate caliente y viendo la televisión. «Lo hice a propósito —le contó más tarde Lucille Miller a Erwin Sprengle—, para evitar que mi corazón cometiera una locura.»

El 11 de enero de 1965 fue un día cálido y luminoso en el sur de California, esa clase de día en que la isla Catalina flota en el horizonte del Pacífico y el aire huele a flores de azahar y todo está a años luz del lúgubre y difícil Este, a años luz del frío y del pasado. En Hollywood una mujer se pasó la noche entera escenificando una sentada en el capó de su coche para impedir que una compañía financiera se lo requisara por impago. Un pensionista de setenta años pasó con su ranchera a ocho kilómetros por hora por delante de tres salones de póquer de Gardena y vació tres pistolas y una escopeta del calibre doce a través de las ventanillas, dejando veintinueve heridos. «Muchas jóvenes se arrojan a la prostitución solo para tener dinero para jugar a las cartas», explicó en una nota. La señora de Nick Adams dijo que «no le sorprendía» oír que su marido anunciaba sus planes de divorcio en el show de Les Crane, y, más al norte, un chico de dieciséis años se tiraba desde el Golden Gate y sobrevivía.

Y en los juzgados del condado de San Bernardino se iniciaba el juicio a Lucille Miller. Había tanta gente que las puertas de cristal de los juzgados se hicieron añicos bajo la presión, y después de aquello hubo que repartir fichas identificativas a los primeros cuarenta y tres espectadores de la cola. La cola había empezado a formarse a las seis de la mañana, y hasta había habido un grupo de universitarias que se habían pasado la noche entera acampadas en los juzgados, aprovisionadas de galletas saladas Graham y de refresco dietético No-Cal.

Lo único que se hizo durante aquellos primeros días fue elegir al jurado, pero el caso ya había proclamado su propia naturaleza

sensacionalista. A principios de diciembre se había producido un primer juicio abortado en el cual no se había presentado prueba alguna porque el mismo día en que se elegía el jurado el *Sun-Telegram* de San Bernardino había publicado un artículo «confidencial» donde se citaban las siguientes palabras del ayudante del fiscal del distrito Don Turner, el fiscal del caso: «Estamos investigando las circunstancias en que se produjo la muerte de la señora Hayton. A la vista del juicio en curso para esclarecer la muerte del doctor Miller, creo que no debo hacer ningún comentario sobre la muerte de la señora Hayton». Al parecer, en la sangre de Elaine Hayton se habían encontrado barbitúricos, y también se habían observado ciertas irregularidades aparentes en la forma en que iba vestida la mañana en que la encontraron muerta bajo las sábanas. Las dudas producidas en el momento de la muerte, sin embargo, nunca habían llegado hasta la oficina del sheriff. «Supongo que había alguien que no quería llamar la atención —dijo más adelante Turner—. Se trataba de gente importante.»

Aunque todo esto no había salido en el artículo del *Sun-Telegram*, inmediatamente se había declarado nulo el juicio. Y también casi de inmediato se había producido otra novedad: Arthwell Hayton había convocado a los periódicos para una rueda de prensa en su bufete un domingo a las once de la mañana. Se habían presentado cámaras de televisión y el lugar se había llenado del destello de los flashes. «Como ustedes deben de saber —había dicho Hayton en tono de forzada cordialidad—, hay muchas mujeres que se enamoran de sus médicos o sus abogados. Esto no quiere decir que por parte del médico o del abogado exista intención romántica alguna hacia la paciente o clienta.»

«¿Está negando usted que tuviera una aventura con la señora Miller?», le había preguntado un periodista.

«Estoy negando que existiera ningún romance por mi parte.»

Se trataba de una distinción que él mantendría durante todas las tediosas semanas que se avecinaban.

De manera que habían venido a ver a Arthwell, aquellas multitudes que ahora se arremolinaban bajo las polvorientas palmeras de delante de los juzgados, y también habían venido a ver a Lucille, que se presentó como una mujer menuda e intermitentemente guapa, ya pálida por la falta de sol, una mujer que cum-

pliría treinta y cinco años antes de que terminara el juicio y cuya tendencia a verse demacrada ya empezaba a asomar, una mujer meticulosa que insistía —en contra del consejo de su abogado— en acudir al tribunal con el pelo recogido en un moño alto y cargado de laca. «Yo habría preferido que ella viniera con el pelo suelto, pero Lucille se negaba», explicó su abogado. El defensor era Edward P. Foley, un católico irlandés bajito y sensible que lloró varias veces durante el juicio. «Se trata de una mujer de una sinceridad enorme —añadió—, pero el parecer tan sincera nunca la benefició.»

Cuando se inició el juicio, el aspecto de Lucille Miller incluía también ropa de embarazada, puesto que un examen oficial practicado el 18 de diciembre había revelado que estaba de tres meses y medio, un dato que dificultó todavía más de lo normal la elección del jurado, porque Turner estaba pidiendo para ella la pena de muerte. «Es desafortunado, pero es lo que hay», les dijo el fiscal a los doce miembros del jurado, uno por uno, hasta que por fin fueron elegidos doce, siete de ellos mujeres, de cuarenta y un años la más joven, un grupo de los mismos vecinos —amas de casa, un maquinista, un camionero, el gerente de una tienda de comestibles y un administrativo— por encima de los cuales Lucille Miller había tenido tantas ganas de ascender socialmente.

Aquel era el pecado, más todavía que el adulterio, que venía a reforzar el otro por el que estaba siendo juzgada. Tanto en los argumentos de la defensa como en los de la acusación quedaba implícito que Lucille Miller era una mujer confusa, una mujer que tal vez quería demasiado. Para la acusación, sin embargo, no era meramente una mujer que quisiera tener una casa nueva, ir a fiestas y gastar más dinero en teléfono (1.152 dólares en diez meses), sino una mujer capaz de llegar al extremo de asesinar a su marido por los ochenta mil dólares de su seguro de vida, haciendo además que pareciera un accidente para cobrar otros cuarenta mil en concepto de prima doble y pólizas de accidente simple. Para Turner era una mujer que no solo quería libertad y una pensión alimenticia razonable (cosas que podría haber conseguido, replicó la defensa, resolviendo su demanda de divorcio), sino que lo quería todo, era una mujer movida por «el amor y la

codicia». Era una «manipuladora». Era alguien que «usaba a la gente».

Para Edward Foley, por otro lado, se trataba de una mujer impulsiva e «incapaz de controlar aquel corazoncito suyo de boba». Mientras que Turner evitaba hablar del embarazo, Foley se concentraba en él, y hasta hizo venir desde Washington a la madre del muerto para que atestiguara que su hijo le había dicho que iban a tener otro bebé porque Lucille pensaba que «contribuiría mucho a unir a nuestra familia y a devolverle aquel ambiente tan agradable que teníamos antes». Mientras que la fiscalía veía a una mujer «calculadora», la defensa veía a una «bocazas», y de hecho Lucille Miller se reveló como una persona que hablaba con gran ingenuidad. Del mismo modo que antes de la muerte de su marido les había contado su romance a todas sus amistades, después de la muerte se puso a charlar del tema con el sargento que la había detenido. «Por supuesto, Cork vivió con ello durante años, ya sabe —se oía su voz contándose al sargento Paterson en una grabación realizada la mañana después de la detención—. Después de que muriera Elaine, una noche le dio al botón del pánico y me lo preguntó abiertamente, y creo que fue entonces cuando de verdad... que fue la primera vez que lo afrontó.» Cuando el sargento le preguntó por qué había aceptado hablar con él, a pesar de las instrucciones específicas que le habían dado sus abogados para que no lo hiciera, Lucille Miller le dijo: «Oh, yo es que siempre he sido por encima de todo una persona sincera... O sea, puedo guardar un sombrero en el armario y decir que me ha costado diez dólares menos, pero básicamente siempre he vivido la vida como me ha dado la gana, y a quien no le guste ya se puede largar».

La acusación insinuó que había habido más hombres además de Arthwell, y hasta consiguió ponerle nombre a uno, pese a las objeciones de Foley. La defensa atribuyó a Miller tendencias suicidas. La acusación convocó a expertos que aseguraron que el incendio del Volkswagen no podía haber sido accidental. Foley convocó a testigos que decían lo contrario. El padre de Lucille, que ahora trabajaba de profesor de instituto en Oregón, citó al profeta Isaías delante de los reporteros: «Y condenarás hasta a la última lengua que se levante contra ti para juzgarte». «Lucille hizo

mal al tener la aventura –dijo su madre con gran criterio–. Lo de ella era amor. Lo de otros creo que no es más que pasión.» Luego apareció Debbie, la hija de catorce años de los Miller, que testificó con voz firme que ella y su madre habían ido juntas a comprar la lata de gasolina la semana antes del accidente. Y subió a declarar Sandy Slagle, presente en los juzgados a diario, que afirmó que al menos en una ocasión Lucille Miller había impedido no solo que su marido se suicidara, sino también que se suicidara de tal manera que pareciera un accidente para asegurar la cláusula de prima doble por accidente. Y apareció por fin Wenche Berg, la guapa institutriz noruega de veintisiete años de los hijos de Arthwell Hayton, que testificó que Arthwell le había ordenado que no permitiera a Lucille Miller ver a los niños ni hablar con ellos.

Pasaron dos meses lentos y pesados, y los titulares no cesaban. Los reporteros de las secciones de crímenes del sur de California se pasaron todo lo que duró el juicio acuartelados en San Bernardino: Howard Hertel del *Times* y Jim Bennett y Eddy Jo Bernal del *Herald Examiner*. Dos meses durante los cuales el juicio a Lucille Miller solo fue desplazado de la portada del *Examiner* por las nominaciones a los Oscar y la muerte de Stan Laurel. Y por fin, el 2 de marzo, después de que Turner repitiera una vez más que se trataba de un caso de «amor y codicia», y de que Foley protestara porque a su cliente la estaban juzgando por adulterio, el caso quedó en manos del jurado.

Este pronunció su veredicto –culpable de asesinato en primer grado– a las 16.50 del 5 de marzo. «Ella no lo hizo –chilló Debbie Miller, levantándose de un salto en la zona del público–. *No lo hizo.*» Sandy Slagle se desplomó en su asiento y se puso a chillar. «Sandy, por el amor de Dios, *no hagas eso*», dijo Lucille Miller con una voz que se oyó por toda la sala, y Sandy Slagle se contuvo momentáneamente. Pero cuando los miembros del jurado salieron de la sala, volvió a gritarles: «Sois unos asesinos... hasta el último de vosotros es un *asesino*». Luego entraron los ayudantes del sheriff, todos con corbatines de lazo que decían «RODEO DEL SHERIFF 1965», y el padre de Lucille Miller, aquel profesor de instituto de cara triste que creía en la palabra de Cristo y en los peligros de querer ver mundo, le tiró un beso a su hija con las yemas de los dedos.

La Penitenciaría Californiana para Mujeres de Frontera, donde Lucille Miller está ahora, se encuentra allí donde Euclid Avenue se convierte en una carretera rural, a no muchas millas de donde ella solía vivir e ir de compras y organizar el baile de la Fundación del Corazón. El ganado se dedica a pastar por la carretera y los aspersores Rainbird riegan la alfalfa. Frontera tiene un campo de softball y unas cuantas pistas de tenis, y podría ser una universidad californiana de primer ciclo si no fuese porque los árboles todavía no han crecido lo suficiente para esconder los rollos de alambre de púas que coronan la verja. El día de las visitas el aparcamiento se llena de cochazos, de Buick y Pontiac enormes propiedad de los abuelos y hermanas y padres de las reclusas (no hay muchos que pertenezcan a maridos), y algunos tienen adhesivos que dicen: «APOYA A TU POLICÍA LOCAL».

Muchas asesinas de California viven aquí, muchas chicas que por lo que sea no entendieron bien la promesa. Don Turner metió aquí a Sandra Garner (y a su marido en la cámara de gas de San Quintín) después de los asesinatos cometidos en 1959 en el desierto, a los que los reporteros de las secciones de crímenes se refieren como «los asesinatos de la gaseosa». Aquí está también Carol Tregoff, desde que la encerraron por conspirar para asesinar a la mujer del doctor Finch de West Covina, no muy lejos de San Bernardino. De hecho, Carol Tregoff hace de ayudante de enfermera en el hospital penitenciario, y es posible que hubiera asistido al parto de Lucille Miller si esta hubiera decidido tener a su bebé en Frontera; sin embargo, Lucille Miller decidió tenerlo fuera, y pagarse ella a los agentes que montaron guardia a la puerta de la sala de partos del hospital de Saint Bernardine. Debbie Miller acudió al hospital para llevarse al bebé a casa, con un vestidito blanco con cintas rosas, y hasta le dejaron elegir el nombre. Decidió llamarla Kimi Kai. Ahora los niños viven con Harold y Joan Lance, porque lo más seguro es que Lucille Miller se pase diez años en Frontera. Don Turner cambió su petición original de pena de muerte (todo el mundo se mostró de acuerdo en que solo la había pedido, en palabras de Edward Foley, «para sacar del jurado a cualquiera que tuviera el más mínimo asomo

de compasión en las venas»), y se conformó con cadena perpetua con la posibilidad de libertad bajo fianza. A Lucille Miller no le gusta la vida en Frontera, y tiene problemas de adaptación. «Va a tener que aprender humildad –dice Turner–. Va a tener que usar su habilidad para seducir y manipular.»

Ahora la casa nueva está vacía, la casa en cuya calle hay el siguiente letrero:

CALLE PRIVADA
BELLA VISTA
SIN SALIDA

Los Miller nunca llegaron a hacerse el jardín, y ahora la maleza crece alrededor de las tapias laterales de piedra sin argamasa. La antena de televisión se ha caído sobre el tejado y hay un cubo de basura con los detritos de la vida de una familia: una maleta barata y un juego infantil llamado «Detector de mentiras». Donde debería haber estado el jardín hay un letrero que dice «FINCA EN SUBASTA». Edward Foley está intentando conseguir una apelación del caso de Lucille Miller, pero la cosa lleva retraso. «Los juicios siempre se han reducido a una pura cuestión de compasión –dice ahora Foley en tono fatigado–. Y yo no pude crear compasión por ella.» Ahora todo el mundo está un poco fatigado, fatigado y resignado, todo el mundo salvo Sandy Slagle, cuya rabia sigue intacta. Vive en un apartamento cerca de la facultad de medicina de Loma Linda, y se dedica a estudiar informes del caso en *True Police Cases* y *Oficial Detective Stories*. «Preferiría que no habláramos mucho del caso Hayton –les dice a los visitantes, y siempre enciende una grabadora–. Prefiero hablar de Lucille y de lo maravillosa que es y de cómo se violaron sus derechos.» Harold Lance no habla con ninguna visita. «No queremos regalar lo que podemos vender», explica en tono amable; hubo un intento de vender la historia personal de Lucille Miller a *Life*, pero *Life* no la quiso comprar. En las oficinas del fiscal del distrito ya están ocupándose de otros asesinatos, y no entienden por qué el juicio del caso Miller atrajo tanta atención. «No era un asesinato muy interesante, comparado con otros», dice Don Turner lacónicamente. La muerte de Elaine Hayton ya no se está

investigando. «Ya sabemos todo lo que queríamos saber», dice Turner.

La oficina de Arthwell Hayton queda justo debajo de la de Edward Foley; hay gente en San Bernardino que dice que Arthwell Hayton sufrió y hay otra que dice que no. Tal vez no sufriera, porque existe la creencia de que, en esa tierra dorada donde el mundo nace de nuevo cada día, el pasado no tiene ningún peso sobre el presente ni sobre el futuro. En cualquier caso, el 17 de octubre de 1965 Arthwell Hayton se volvió a casar, esta vez con la guapa institutriz de sus hijos, Wenche Berg, en una ceremonia celebrada en la Capilla de las Rosas de una comunidad de jubilados situada cerca de Riverside. Luego los recién casados fueron agasajados en una recepción para setenta y cinco personas en el comedor de la Rose Garden Village. El novio llevaba corbata negra y un clavel blanco en el ojal. La novia llevaba un vestido blanco *peau de soie* y un ramo en cascada de rosas en miniatura con guirnaldas de jazmines de Madagascar. Una diadema de aljófares le sujetaba el velo francés.

1966